

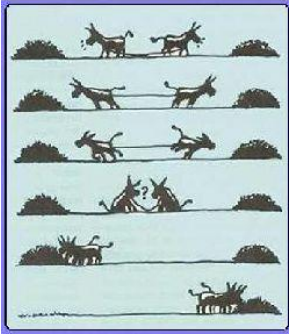
Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La unidad que divide [The unit that divides]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Zapata, Rodrigo
Publisher	Kairos
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-30 07:36:32
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/201857



Revista Iglesia y Misión N°7

Nota 5

La unidad que divide

Por Rodrigo Zapata

En ciertos sectores del protestantismo latinoamericano se está viviendo hoy la euforia de la “unidad” de las iglesias. Ciertamente, abogar por la unidad debe ser la vocación de todo cristiano. Sin embargo, de entrada debe plantearse una pregunta: ¿qué relación hay entre la unidad de las iglesias y el cumplimiento de la misión en esta hora conflictiva de la historia? Hasta un ciego podría ver que en los últimos años ha empeorado la situación socio-política de América Latina y ha aumentado el carácter conflictivo en que se encuentra el hombre latinoamericano. Detectaría, además, que los poderes de este mundo, ansiosos de lucro, son los que promueven la división, y que, como una paradoja, los que confiesan el nombre de Cristo son desunidos, indiferentes unos con otros, violentamente injustos y sin conciencia social.

Enfrentados por la amenaza y el desafío de nuestra realidad latinoamericana los cristianos deberían unirse no para defender sus banderas y sus posiciones doctrinales sino para ser presencia eficaz como gente salvada por Jesucristo.

Es cierto que la búsqueda de la unidad es una tarea urgente. El testimonio unido es poderoso porque es expresión concreta de nuestra fe. Sabemos que la unidad no es uniformidad y que debe darse en la diversidad. Pero a nombre de la diversidad se ha bendecido un pluralismo asfixiante, a tal punto que en naciones pequeñas de América Latina (v. gr. Honduras, Costa Rica, Ecuador) existen más de ochenta grupos que pretenden ser portadores de “la verdad” y fieles cumplidores de la misión de la Iglesia.

Sea lo que fuere, en medio del pluralismo sacrosanto de las iglesias, producto de un individualismo concentrado, lo que ha hecho en la práctica el griterío triunfalista de la unidad es dividirnos en dos sectores con ideologías y opciones claras. Por un lado está el grupo que pretende presentar una imagen “verdaderamente evangélica”, pero con “identidad ideológica” consistente en una acción evangelizadora y una acción social “alejada de la violencia”. Por otro lado está el grupo que pretende profundizar la unidad en favor de la libertad y de la justicia, “única forma de amar y de ser hacedores de paz en un continente dividido por intereses bastardos”. Los unos quieren cultivar la “unidad espiritual” para cumplir con la misión señalada por Cristo de que seamos sal y luz para el mundo perdido, enfrentando con prioridad la tarea de “la evangelización de nuestro continente”, los otros quieren representar la unidad para la

misión, “que es también unidad en solidaridad para la justicia” y en favor de “una América Latina más humana”.

Las cristologías de ambos bandos se oponen entre el Señor Jesucristo como “el único y suficiente Salvador del hombre de su pecado”, y “el Señor de la Iglesia y de la historia que interviene con mano poderosa” y “nos convoca a un auténtico compromiso con la acción solidaria en favor de los que sufren” por causa del evangelio y por causa de la justicia.

Como vemos, a nombre de la unidad, los cristianos de América Latina nos hemos dividido en dos grupos. Vivimos otra vez “la unidad que divide”. En el sincero intento de identificarnos como “auténticos evangélicos” o como “cristianos comprometidos” ante el mundo que nos mira como un montón de sectas, y creyéndonos portadores de la “verdadera misión” de la Iglesia, posiblemente hemos perdido el sentido auténtico de la unidad.

La unidad (Jn. 17, Ef. 4, 1 Co., etc.) no nos convoca a “jugar a la Iglesia” o a “jugar a la guerra” sino a lograr que el hombre latinoamericano crea en Jesucristo y sea más humano. Las iglesias están llamadas a unirse para anunciar al mundo la reconciliación en Jesucristo que se basa en la conversión a Dios y al hermano y en la convicción de que somos servidores del Reino de Dios.

No sigamos fingiendo más. No juguemos más a la unidad. Dejemos atrás la euforia de una falsa unidad que se ha caracterizado por su inoperancia y abogemos por ser una expresión múltiple de una fe y una misión comunes que se hacen concretas en nuestra situación latinoamericana.

Martín Lutero

Por Sidney Rooy

Nació el 10 de noviembre del año 1483, en el hogar de una modesta pareja alemana. Se le llamó Martín. Poco sabían los esposos Lutero acerca del significado de ese frío día en su patria nórdica. Desde entonces han pasado 500 años. Durante los dos últimos, especialmente en Europa han estado imprimiéndose muchos libros y realizándose actos en memoria del gran reformador.

Martín era un estudiante dotado, dedicado desde sus primeros años a la carrera jurídica por padres interesados en asegurar su propio futuro. El ingreso del joven de veintidós años a un monasterio agustino rompió bruscamente esos sueños. Su espíritu intensamente religioso había comenzado la larga e intensa búsqueda de paz con Dios. A través de los años de estudio y durante muchos ejercicios religiosos, luchó dentro de las formas de su tiempo para satisfacer su espíritu.

Las tesis clavadas en la puerta de la iglesia de Wittenberg el 31 de octubre de 1517 anunciaron el descubrimiento de Lutero, Las ceremonias religiosas (especialmente los actos de penitencia y las declaraciones eclesiológicas de indulgencia) carecen de valor si no van acompañadas por el arrepentimiento y la fe verdaderos. La fe tiene precedencia sobre lo externo y formal. Este cuestionamiento de la eficacia de los sacramentos sacudió a la iglesia y con el tiempo causó la separación de vastos segmentos de la población en iglesias nuevas.

Esa no fue la intención de Lutero. Sin embargo, las cosas sucedieron con rapidez abrumadora. Desde los tratados reformativos fundamentales (1520), a la Dieta de Worms y a su excomunión por el papa y su condenación por el emperador (1521), hasta la Dieta de Augsburgo (1530), el camino fue doloroso pero relativamente corto. Allí reconocemos la división del cuerpo del Señor con absoluta claridad. No era posible emprender el camino de regreso. Tanto las divisiones religiosas como las políticas y sociales eran irrevocables.

Las palabras del mismo Lutero en la Dieta de Worms anunciaron con fuerza el choque frontal. Delante del emperador, los cardenales y los príncipes de todo el Imperio, proclamó: “A menos

que se me convenza con testimonios tomados de la Biblia o por una razón de evidencia sencilla,... estaré obligado por los pasajes bíblicos que he citado. Mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios, Hacer algo en contra de la conciencia no está libre de peligros, ni es honrado. ¡Qué Dios me ayude! Amén”.

1

La raíz de la Reforma no se encuentra ni en un acto ni en un escrito de cierto momento de la historia. Más bien, se encuentra en una nueva experiencia de la gracia y la misericordia divinas. La historia, la cultura y la sociología tejieron juntas la cuna donde se dio este encuentro entre el pecador llamado Martín y la tremenda majestad de Dios. Es el Dios de la Biblia que se acerca al hombre por medio de un Cristo concreto y presente. El hombre es un niño sostenido por su Padre de justicia y amor. En la cruz de Cristo está revelada la profundidad de la gracia inmerecida de Dios. Aun la fe es un regalo divino, Así nace el lema de la Reforma: la gracia sola, la fe sola y la Escritura sola.

Consecuentemente, la Reforma no fue un “antirromanismo”. La protesta de los protestantes fue y sigue siendo una afirmación de la soberanía de Dios en la salvación. Esto no significa indiferencia en la vida moral. La crítica a las buenas obras apunta sólo a su valor meritorio para la salvación personal. La vida santificada nace del gozo por la experiencia del perdón. Tanto en la enseñanza de Lutero como en la de Calvino, la moral, aunque dependiente de la fe, es incluida en 1a vida cristiana integral. La seguridad de la justificación de Dios posibilita el servicio desinteresado al prójimo. Todo el servicio cristiano lleva la marca de la mano de Dios y, por lo tanto, no puede ser ni egoísta ni auto-suficiente. Más bien, libera para la acción generosa y abnegada hacia el otro.

Han pasado 500 años. Hereje, santo, lunático, lumbrera, fanático, héroe, intolerante, salvador, cismático, revolucionario... han sido algunos de los nombres que se le han dado a través de la historia. Sólo en las últimas décadas hemos llegado a un consenso más amplio entre todos los cristianos respecto al significado de este hombre totalmente entregado a su Dios. Superó lo que parecía ser los límites de su tiempo. En este sentido fue un profeta verdadero, anunciando el juicio divino sobre las estructuras y ritos atrofiados por el tiempo y proclamando la libertad gloriosa del accionar divino en la historia humana. Nos plantea una pregunta crucial: ¿estamos dispuestos a ser profetas de la misma cuna, o preferimos guardar lo recibido y quedarnos con los pies en el fango de nuestras pequeñas historietas pasadas? La celebración sincera del nacimiento de Martín Lutero nos exige una respuesta.

NOTA

1. Rodolfo Obermüller, Goethe y Lutero y otros ensayos (Buenos Aires: La Aurora, 1966).
- 2.

Fundación Kairós ...*al Servicio del Reino de Dios y su Justicia*